

## María en la Biblia y el Signo de la Visitación\*

Ortensio da Spinetoli publicó el libro *Maria nella Bibbia* (Milano 1963) 206, cuya segunda edición apareció el año siguiente (Genova 1964) 249, con una ampliación de la introducción y el último capítulo sobre la Asunción añadido. En la IV Semana Nacional Italiana de Estudios Marianos para el clero, que se reunió del 6 al 10 de julio de 1964 en Loreto, presentó dicho autor una relación que llevaba por título *La devozione mariana e la mentalità moderna*, que luego apareció publicada con el título *Appunti per una catechesi mariana nei nostri giorni*, en *Il messaggio della S. Casa di Loreto* (1964) 208-210. 231-233; (1965) 9-11. En el Congreso mariológico-mariano de Santo Domingo (1965) presentó además una comunicación con la idea central de su pensamiento *Signum Annuntiationis, seu de motivo Visitationis: Lc 1,36ss* (cf. J. M. Alonso, *Ephemerides Mariologicae* [1965] 244-246).

Sus trabajos son un esfuerzo para poner al día la mariología en Italia. Se inspira en los escritos exegéticos de Braun, Lyonnet, Zerwick, Gaechter, Feuillet y Galot, aunque luego pone mucho de lo suyo. Sus posiciones son un ejemplo de a dónde pueden llevar unos principios, empujados a extremadas consecuencias. Parte de cuatro postulados principales: que para la mariología de hoy se ha de atender a los gustos del mundo moderno, a los condicionamientos del existencialismo, literarios y filosóficos, al género midrásico como hermenéutica bíblica, sobre todo en la infancia de Jesús, y a los datos de una teología más bien elemental.

Así, Ortensio subraya más la debilidad, limitación y fragilidad de la naturaleza humana de Cristo, y tiene frases que pueden parecer *kenóticas*, en cuanto el Verbo, al encarnarse, quedó dismi-

---

\* ALESSIO MARTINELLI, OFM, «*Maria nella Bibbia*». *Note critiche e dilucidazioni*, Roma 1966, pp. 112, Edizioni «Marianum», 24,5×17 cm.

nuido; de ahí que la fuerza salvífica y justificante está en la resurrección de Cristo; con la 'carne', el Hijo de Dios se siente obstaculizado para su obra salvadora; solamente redime a la humanidad cuando se libera de la 'carne' por la resurrección. Sigue unos principios exegéticos especiales. Dice, por ejemplo, que propiamente Cristo envió al Espíritu Santo cuando estaba en la cruz, porque está en el evangelio «emisit spiritum» (Jn 19,30). Paralelamente, María en su vida terrestre, fue limitada e ignorante, estuvo sujeta a todas las imperfecciones, excepto al pecado. El relato de la Anunciación y de la Visitación son obra artística redaccional del autor sagrado, incluso el Magníficat, porque María era pobre en estro literario. La realidad fue otra. María no estaba segura del mensaje de la Encarnación (podía ser sugestión del diablo) y tuvo que ir a cerciorarse de que su pariente Isabel iba a ser madre, y con ese 'signo' se aseguró y se salva su fe. Sería posible también que la Encarnación hubiera tenido lugar después de la Visitación. Puesto que María sólo puede ser bien mediadora si ha resucitado, tuvo que ser Asunta.

Alessio Martinelli responde a estas posiciones en el opúsculo que reseñamos «*Maria nella Bibbia*», que lleva por subtítulo *Notas críticas y esclarecimientos*. Punto por punto, con autores consultados y notas abundantísimas (la última lleva el número 227), algunas muy sustanciosas y con numerosas citas, va respondiendo y valorando con objetividad el pensamiento de Ortensio que antes ha reducido a sistema en apartados. Martinelli es buen teólogo y este opúsculo, claro y seguro, es fruto de una honda meditación; está muy bien pensado. Reconoce los méritos de la obra que analiza, sobre todo el buen deseo de llegar al hombre de hoy, manifiesta reservas sobre el método seguido por Ortensio, que comenta, pues concede demasiado a unas exigencias y gustos hodiernos, incompletos y superficiales, y marginadores de posiciones adquiridas, y que causa la impresión de ir a la Escritura para defender tesis preconcebidas. Martinelli, por su parte, utiliza para el análisis de los puntos del pensamiento de Ortensio un método integral y convergente; es decir, enfoca cada problema desde el punto de vista de la teología, la exégesis, la psicología y la mística (que él llama tercera dimensión), como fuentes de conocimiento verdadero, puesto que la disociación en la ciencia sagrada crea prejuicios y malentendidos. Tenemos que admitir que es ese el único camino viable, si se quiere hallar honestamente la verdad.

Martinelli trata bien el problema de la fe en María, para la cual el juicio de credibilidad antes de la Encarnación pudo estar apoyado en experiencias místicas inconfundibles. En su análisis valorativo llega a intuiciones de fino exegeta al ver, como ya vieron otros como Suárez, que el 'signo' de la maternidad de Isabel en la

Visitación no es primordialmente motivo de credibilidad del mensaje angélico en María, sino solución del ángel a la dificultad anticipada de María que inquirió por el *modo*, no el hecho, de la Encarnación, puesto que estaba vinculada a no conocer varón, y la esterilidad maternizada está en la misma línea de la omnipotencia que obra una virginidad maternal. Muy atinadas observaciones hace, además, Martinelli, sobre el sentido de fuerza salvífica que se aplica a la resurrección de Cristo (en cierta oposición a su muerte), conforme a una corriente encauzada o estudiada por Hulsbosch, Lyonnet, Stanley, Durwell, Jannssens. Distingue entre la redención objetiva y subjetiva (su aplicación a través del tiempo); en la primera, haciendo ver que la humanidad asunta por el Verbo es causa eficiente instrumental que colabora como causa eficiente satisfactoria y meritoria, principalmente en la pasión y muerte, pero no después de la muerte; la naturaleza humana resucitada de Cristo concurre como causa instrumental de gracia que se difunde o aplica, y no como meritoria. Por otra parte, es difícil que del texto paulino Rom 4,25 pueda sacarse una acción meritoria a la resurrección de Cristo, puesto que debe entenderse en su complejidad de sentencia semítica, en que se expresa la totalidad por el enunciado de los extremos; esto supuesto, diría poco más que esto: «Por su pasión y muerte (de Cristo), tales que pudo resucitarse (por ser Dios), nos justificó totalmente de nuestros pecados», donde difícilmente se atribuye fuerza salvífica a la resurrección, entendida separadamente de la pasión.

Martinelli observa con razón que los fenómenos místicos constatados científicamente en almas privilegiadas se dieron también en María, conformemente a datos bíblicos, en cuanto ella no pudo ser menos, sino más, que los personajes carismatizados por ella y su misterio que se movieron en torno a ella: José, Zacarías, Isabel, Juan el Bautista, Simeón y Ana la profetisa. Utiliza Martinelli este argumento *ad hominem*, frente a Ortensio, recorriendo los testimonios más recientes de excelsos místicos, principalmente san Juan de la Cruz, para mostrar la certeza que tuvo María de las comunicaciones divinas. Sin duda, es más razón, si debe compararse María con los demás hombres, hacerlo en línea de espiritualidad que en una línea minimista existencial. Sin embargo, debe precaverse el equívoco que podría producirse si se considera la *unión transformante mística*, no en el sentido positivo de comunicación y aumento de dones, sino en cuanto mejoradora gradual de defectos o imperfecciones morales en los que la reciben. Hubiéramos visto con gusto citado entre tantos autores a Francisco Suárez, que trató competentemente de estos temas. Es más, él, dentro de una corriente teológica y bíblica, considera probable por las razones que da que María viese la esencia divina en esta vida: «De Beata

Virgine pie satis ac probabiliter creditur interdum vidisse in hac vita Deum, vel in die incarnationis aut nativitatis Christi, propter singularem matris dignitatem, ad quam tunc evecta est; vel in die resurrectionis, propter incredibilem dolorem quem in Christi passione sustinuit, vel aliis temporibus opportunis, iuxta divinae sapientiae dispositionem» (F. Suárez, *De mysteriis Vitae Christi*, disputatio 19, sectio 4,4).

Leemos con circunspección el título de *hermana* (Sorella) que Martinelli da a la Virgen por el gozo comunicativo en su vida mortal y en el momento del calvario (p. 38). Puede llamarse así, sin duda, como participante con nosotros de la naturaleza humana, y en tanto cuanto el título y las realidades de su maternidad polivalente se compaginen con la fraternidad, puesto que aquellas parecen absorber a esta de modo eminente. El mismo autor matiza la expresión aplicada a María *Sponsa Verbi* y muy bien indica la resistencia de nuestros días a la admisión de tal título, que aparece, sin embargo, esporádicamente ya en la antigüedad (p. 80-81). Por la identidad de la acción *ad extra* es obra también del Verbo la Encarnación, atribuida al Espíritu Santo; pero, por lo demás, *Sponsa Verbi* casi dice lo mismo que *Socia Verbi incarnati*.

El libro de Martinelli es además un buen compendio de los mejores problemas mariológicos tratados por los estudiosos últimamente, si bien no quiere presentarse como completo ni en nombres ni en escuelas, incluso dentro del campo católico.

SEBASTIÁN BARTINA, S.J.

Facultad Teológica de Barcelona.